

Notas Y Documentos

CONCEPCIÓN Y DON ENRIQUE MOLINA.

Durante la primera semana del mes de agosto se han celebrado diversos actos de homenaje al señor Rector de la Universidad, don Enrique Molina, con motivo de haber cumplido ochenta años de edad. Profesores, alumnos y empleados universitarios han testimoniado a su Rector la expresión de su sincero afecto y el deseo de que continúe con el acierto y competencia con que lo ha hecho desde la fundación del Instituto, su labor directiva, que no sólo ha merecido elogios en el ambiente regional y nacional, sino que ha trascendido las fronteras del país.

Además del personal universitario han participado en estos homenajes la I. Municipalidad, las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, los planteles de enseñanza secundaria y primaria, el Rotary Club, el club de los Leones, la Sinfónica de Concepción, que le ofreció un concierto coral de extraordinario brillo, la Sociedad penquista, por intermedio del Club Concepción, las Sociedades Mutualistas, Los Boy Scouts, La Soc. de Ex-alumnos de la Universidad, etc. En todos estos actos se recalcó la influencia decisiva de

la acción del señor Molina en el progreso cultural y cívico de Concepción durante casi medio siglo.

Entre las manifestaciones más emotivas que se brindaron al señor Molina se contaron la comida del H. Consejo y H. Directorio de la Institución, en que habló el Vice-Presidente don Julio Parada y el coctel que le ofreció el personal universitario en el City Hotel, el viernes 3 de agosto ppdo. Ofreció el acto en el discurso que se publica en seguida el Secretario General de la Universidad, profesor don Avelino León Hurtado. A continuación hizo uso de la palabra el señor David Tejada de Rivero, presidente de la Federación de Estudiantes contestando finalmente el festejado.

El texto del discurso del señor Molina se inserta también en estas columnas.

Otro de los actos de trascendencia pública ofrecido como homenaje al señor Molina consistió en una velada que se llevó a efecto en el Teatro del Liceo de Hombres de Concepción, del que fuera Rector por muchos años el festejado. Habló en esta ocasión en nombre del profesorado, el Rector del plantel, señor Enrique Sepúlveda Vilugrón, cuyo discurso se publica también en estas páginas.

DISCURSO DEL SECRETARIO GENERAL DE LA UNIVERSIDAD, DON AVELINO LEÓN HURTADO.

Señor Rector, compañeros universitarios.

Esta gran familia universitaria de Concepción se reúne hoy con vivo regocijo en torno a su Rector que cumple ochenta años de edad. Y me ha correspondido el singular honor y la muy difícil tarea de expresar los sentimientos que a todos nos animan en este instante.

Es difícil hablar de don Enrique Molina, porque lo que a ojos profanos pudiera parecer un elogio o alabanza excesivos, resulta mezquino para nosotros que conocemos su deslumbrante personalidad y la grandeza de su alma.

Don Enrique Molina es sin duda el mayor cultor del espíritu que haya nacido en esta tierra y acaso en la América toda. Su vida ha sido una lámpara que sólo se ha ido consumiendo para dar a sus semejantes un suave pero intenso resplandor espiritual. Jamás ardió con los calores del odio, la envidia o el rencor. No se inflamó su espíritu con la mala pasión, esa que va quemando y consumiendo hasta la carne y la propia vida. Y acaso sea ese su secreto para haber llegado joven a los ochenta años. Diríase que el espíritu ha transmitido a su cuerpo las bondades de la juventud y olvidando al tiempo, que todo lo agosta, lo ha hecho vivir siempre joven. Diríase que ese espíritu, que ha ido siempre en el camino de la perfección, agradece permaneciendo largamente en el hombre que ha sabido guiarlo por sendas de altura.

Ha sido el mayor cultor del espíritu porque toda su vida la ha consagrado a estudiar y a difundir a través de sus obras, de una veintena de libros, y de su propio ejemplo, los valores morales, jurídicos y estéticos, alentado sólo por la razón, la inteligencia y los sentimientos puros. No lo ha acompañado una religión en su empresa; porque no todos reciben ese don precioso que resuelve los problemas del alma y da un sentido a la vida. El, simplemente ha rendido culto al espíritu humano.

En una bella página de su libro «De lo espiritual en la vida humana» ha dicho «suele haber un vacío opresor en el alma del hombre que no encuentra a la vida

un sentido trascendente. Y sigue buscando». Es decir, lo acongoja a veces hasta el hondor del alma el inquietante problema de hallar un sentido a la vida, a nuestra propia vida. Pero «sigue buscando» y halla ese sentido en el ideal de ser bueno, de ser veraz, de ser justo y, en una palabra, en la exaltación de los valores del espíritu. Y así de su propia sustancia, atormentada a veces, o de su angustia, saca fuerzas para una labor creadora que sostiene gracias a esa fe apasionada en los valores del espíritu humano. He ahí su lucha heroica y he ahí también su grandeza. Su dignidad humana, su entereza y reciedumbre no han cejado ni ante la ausencia de los dioses.

Y dice en otra oportunidad «La ejecución de las obras bellas, la búsqueda de la verdad, el cultivo de los sentimientos de bondad, de justicia, de amor; el enriquecimiento de los conceptos correspondientes a ellos y su incorporación en instituciones que mejoren la vida y alivien el dolor, los actos nobles y heroicos la práctica de las más modestas virtudes: estas obras y creaciones constituyen la realidad del espíritu. El hombre es el artífice de ellas y en ellas debe buscar las ejecutorias de su superioridad. Por eso la realización de su vida espiritual es el problema señero del hombre y como síntesis o punto armónico de valores superiores constituye el sentido de su vida.

Y agrega en una emocionante oración «nada puede el misterio sobre nosotros si sabemos tener valor hasta para morir, nada si sabemos ser buenos hasta el fin».

Parece que la divisa desde su juventud hubiera sido: mirar siempre lejos y cada vez más alto. Es necesario aspirar a la perfección del alma y vencer las tentadoras fuerzas de atracción de la vida terrena. Porque hay sin

duda un goce en la realización del espíritu, pero también es cosa dura limitar el placer, refrenar las pasiones y vivir creando el espíritu en cada momento, porque de otro modo no existe y sin él la vida carecería de sentido.

Nuestra Universidad dirigida desde sus comienzos por don Enrique Molina, es un templo para la realización del espíritu, que nació y vive en un plano de elevación no por obra de la casualidad, no por la mera coincidencia. Sus lemas resumen su finalidad permanente y dicen del alma que supo inspirarla; «Sin verdad y esfuerzo no hay progreso», «Por el libre desarrollo del espíritu».

Los universitarios debemos ser dignos en cada instante de esos altos fines y colaborar con entusiasmo, con lealtad y aún con sacrificio. Es el mejor obsequio que hoy podemos hacer a nuestro Rector. Y por eso la fiesta sencilla que nos congrega constituye una renovación de nuestra fe en el progreso de la Universidad, alentada por las fuerzas que la crearon, que hasta hoy la sostienen y que han de perdurar.

Estamos tan acostumbrados a esta realidad universitaria nuestra que a veces olvidamos lo mucho que tenemos y que sólo son treinta años de labor los que la han hecho posible. Es cierto que mucho nos falta todavía y es cómoda y fácil tarea advertirlo, pero hay que convenir en que lo logrado es prodigioso si miramos la limitación de nuestros medios. En todo caso el resultado actual debe alentarnos como la mejor garantía de nuestro futuro.

Y todo esto no se ha realizado en la capital de la República, con la emulación y abundancia de recursos que suponen las grandes ciudades, sino en ésta tan pequeña y apacible. Agradecemos a nuestro Rector,

que es el capitán de esta empresa sublime, la lección que nos ha dado de lo que puede el ánimo firme y decidido de superarse.

Al venir hoy todos los universitarios de Concepción a decir a nuestro Rector la alegría de verlo en la plenitud de sus energías y cuán fervorosos son nuestros deseos de que así se mantenga, deseamos rendir también nuestro homenaje de admiración y respeto a la dignísima y abnegada compañera de su vida que, con inteligencia y amor sin límites, le ha ayudado tan eficaz y silenciosamente en todos los instantes de su vida.

Por ellos levantemos nuestras copas en un símbolo de rendida adhesión.

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO DE DON ENRIQUE MOLINA

Quisiera que de mis palabras, desde la primera hasta la última, se desprendiera como un constante y vibrante *leitmotiv*, cualquiera cosa que diga, mi agradecimiento. Así entendidas serán la verdadera expresión de mi alma.

A punto de transponer los umbrales de la respetable mansión de los octogenarios, mis buenos amigos de nuestra Universidad han querido rodearme con su cariño y no contentos con darme el gozo de su presencia en este magnífico acto, que ya por sí sola sería suficientemente elocuente, han elegido como vocero de sus sentimientos a mi incomparable amigo Avelino León Hurtado, nuestro gran Secretario General y excelente profesor de Derecho Civil, que, me lo ha ofrecido en términos insuperables por lo conceptuosos, aunque demasiado bondadosos y halagadores para mí.

Agradezco también al representante del estudiantado sus hermosas palabras. Organizada una manifestación como la presente la expresión del alma juvenil no podía faltar. Es una expresión de correspondencia de cariño. Sin amor a los jóvenes la función educadora no se desarrolla en buenas condiciones. Carece de aliento, del goce que hace al trabajo grato y fecundo, de la comprensión de muchas situaciones y de intuiciones salvadoras. Compromete profundamente mi gratitud el honroso título de «Maestro de la Juventud» que la Federación de Estudiantes ha tenido la bondad de discernirme. Lo considero una de las más altas distinciones que pueden enaltecer a un hombre; pero, en verdad, corroborado por lo que acabo de decir sobre el amor a las almas jóvenes, me estimo acreedor sólo al título de «Amigo de la Juventud».

Pero, con todo, pensando en días recientes en los gratísimos momentos que me deparáis ahora y saboreándolos de antemano, como asimismo en otros análogos que ya se han verificado y que se verificarán luego, he llegado a la conclusión de que todo se debe a vuestra bondad y a la de los demás amigos de esta querida ciudad. Es verdad que los oradores encargados de ofrecer las fiestas han recalcado con benévolo encomio mis largos cincuenta y ocho años dedicados a la enseñanza, mis trabajos de amante de la filosofía y mis ensayos para servir a la vida intelectual del país. Pero de todo esto se ha hablado ya en otras ocasiones promovidas también por vuestra benevolencia, y se me ha ocurrido que el núcleo y esencia de la actual no viene a ser otra que la celebración de la fortuna de un hombre que ha llegado a una edad avanzada gozando de muy buena salud, la fortuna, en verdad,

de un explotador del tiempo que ha conseguido de éste le otorgue una escolta de numerosos años.

Para tal feliz logro la suerte me ha acompañado en muchos sentidos. El severo clima de Concepción endurece los huesos y tejidos de los que saben resistirlo. Mi vinculación a nuestra Universidad desde su fundación, hace treinta y dos años, me ha permitido aprovechar para nutrir mi espíritu con ellas, las ricas fuerzas morales y sociales que se han suscitado a su alrededor. Vosotros, señores directores de la institución, vosotros señores profesores y empleados, vosotros jóvenes estudiantes, habéis hecho de nuestra Casa de Estudios Superiores la bella cosa que es. Me la imagino como un alma pura, que, viviendo sin embargo en el mundo y consagrándose a servirlo por medio de la ciencia, el arte y la técnica, quiere mantenerse por encima e intocada por las pequeñeces e impurezas humanas. Y su actitud de albura incontaminada la ha hecho contar con el apoyo de los poderes públicos, en particular de nuestros parlamentarios, de todos los partidos políticos, de las autoridades locales, de la opinión general, de la Iglesia y de la prensa. Estas fuerzas generosas impulsando y defendiendo una obra de progreso de la colectividad como es nuestro Instituto, de rebote en muchas horas han entonado mi ánimo y dado vigor moral a mi vida.

Ya veis que poco me va quedando como haber exclusivamente propio para ser acreedor a estas magníficas manifestaciones.

Agreguemos todavía que la fecha que tan brillantemente habéis querido celebrar marca la entrada o significa acentuar la entrada ocurrida ya antes a una zona en que tal vez la virtud misma carece de mérito. ¿No señala acaso esta fecha la llegada a las horas de

la serenidad y del buen juicio por la fuerza de las cosas? En esta sazón la virtud es pasiva, le falta la consagración de la lucha, le falta el enemigo a quien combatir y vencer. Al demonio no le interesa la carne macerada por los muchos años. Por lo mismo es también la hora del desposorio con las nostalgias inevitables.

El tiempo, la sutil tela en que bordamos nuestro existir, no podemos dejar de considerarlo ilimitado, sin principio y sin fin. Es uno de los aspectos del misterio del ser que nos arrastra y nos rebasa. La vida, nuestra vida, parece una franja de luz entre dos noches infinitas. Hay creencias que la prolongan más allá del sepulcro; pero este es un don exclusivo de la gracia y de la fe. Expresión acabada de ella son las palabras de una heroína de Ibsen al decir. «Cuando despertemos de entre los muertos veremos que no hemos vivido nunca». Los que gocen de ese estado bienhechor e inefable no tienen más que conservarlo siguiendo la sabiduría de la canción popular que aconseja «al que tenga un amor que lo cuide». A los privados de este bien, sin entrar en negaciones temerarias e improbables, no les queda más que bracear bravamente, en el océano de su temporalidad.

«Matar el tiempo»; esta expresión corriente resulta inocua tomada literalmente al pie de la letra. Es como querer herir el aire con cualquier arma contundente. En realidad denota aburrimiento o pereza y a la larga constituye una forma de suicidio lento. El tiempo es nuestro compañero y colaborador. Hacer bien las cosas tiene que ser nuestra norma y para proceder así debemos buscar la cooperación del tiempo. Para Bergson el tiempo, entendido como duración de cuanto vive, es creador. Pero en realidad el creador es el

espíritu humano que aprovecha el tiempo. Así hay diferentes ritmos de creación o progreso según las circunstancias y las posibilidades u oportunidades del espíritu. Santiago y Lima tienen aproximadamente la misma edad que Concepción y La Serena, poco más de cuatrocientos años, y han alcanzado un crecimiento y desarrollo que supone un compás de tiempo diez veces mayor. Entre nosotros la Ciudad Universitaria se ha levantado prodigiosamente en veinte años y un solo edificio fiscal, el Liceo de Hombres, no está terminado aún en cuarenta.

A su tiempo surgen las flores del amor, vienen también las penas y dolores y el tiempo suele acordarnos como sedante el olvido; pero en general nunca el tiempo suelta por completo de su mano las fibras del corazón. Hasta que llega la hora de que sea nuestro verdugo inevitable. Conforme a la leyenda griega, Cronos devora a sus hijos. Después de bracear toda la vida en la corriente del tiempo, la muerte es nuestro destino ineluctable. Como nautas de una Esmeralda ideal, emulando al héroe de la nave invicta, debemos decir siempre: «La contienda, nuestra contienda con el tiempo, es desigual, pero nuestro pabellón no se ha arriado nunca y no creemos que esta sea la ocasión de hacerlo». Seres perecederos los individuos formamos la cadena solidaria de la especie humana, solidaridad cuyos eslabones los constituyen la herencia que vamos recibiendo y la que vamos dejando, y nuestros sentimientos.

Jamás podemos decir que hemos dejado la vida habiendo completado nuestra obra ni que hayamos alcanzado la total realización de nuestro espíritu, lo que entraña otra comprobación del imperativo de la solidaridad. El abrazo de la cooperación constituye

uno de los remedios para la imperfección humana y la organización necesaria en la marcha del progreso. Queda dicho con estas palabras que la solidaridad existe y actúa no sólo de una generación a otra sino igualmente, como es obvio, dentro de una misma generación. Brillante testimonio de ello es esta espléndida manifestación de que me habéis hecho objeto. Sus eslabones son también los sentimientos. Me encuentro perfectamente penetrado de los vuestros, tan nobles y tan generosos, y os aseguro que este corazón mío vivirá siempre reconocido de ellos, agradeciendo y correspondiendo el amor que ha recibido.

DISCURSO DEL RECTOR DEL LICEO DE HOMBRES DE
CONCEPCIÓN, DON ENRIQUE SEPÚLVEDA VILUGRÓN.

Señor Presidente de la Universidad de Concepción,
colegas y alumnos:

Por razón de mi cargo, y por acuerdo del Consejo de Profesores, tengo el honor, el privilegio y el agrado de pasar a explicar el motivo de esta reunión solemne.

Al cumplir hoy don Enrique Molina 80 años de su existencia, Concepción le rinde la pleitesía de unánime y justo homenaje, por el renombre y progreso que le ha procurado, siendo varias las instituciones que le manifiestan, en conceptos y actos, el aprecio y la admiración que merece la trayectoria de su vida.

Es así como el Liceo de Hombres cumple con un grato deber al sumarse a estas expresiones de congratulación y al invitarlo para que en su aula magna recibiera directamente de profesores y alumnos, de represen-

tantes de padres y apoderados y ex alumnos, cordiales felicitaciones y sinceros votos por su ventura personal y por que la prolongación de su existencia continúe proporcionándole éxitos y ocasiones de servir a nuestra tierra.

Y, como en todo acto realizado en las aulas, esperamos que el de hoy constituya un aliciente incomparable para nuestra labor y la visión objetiva de un paradigma de maestro para nuestros alumnos.

Para que esto último se alcance más plenamente, y a pesar de que la personalidad de don Enrique es muy conocida, debo necesariamente referirme a la trayectoria de su vida. Lo haré en la forma más breve que la ocasión lo permite.

Nació don Enrique Molina el 4 de agosto de 1871 en La Serena, donde dicen que la Belleza se asoma generosa y sonriente en sus flores y en sus mujeres hermosas. Cabría pensar si esto y el nombre de la ciudad no habrán influido, más que lo somático, en los caracteres definidos del inconfundible modo de ser y figura de quien celebra hoy 80 otoños airoosamente llevados.

Alumno del Liceo de La Serena primero, y después formando parte del primer grupo de jóvenes que en el Instituto Pedagógico de Santiago se prepararon especialmente para el desempeño de la docencia en los liceos, alcanzó a los 21 años su título de Profesor de Estado en la asignatura de Historia y Geografía.

Pero, con un espíritu de superación que ya no se detendría, don Enrique continuó estudiando hasta obtener también su Diploma de Abogado, a comienzos de este siglo.

Así preparado, y ante los dos caminos que podía tomar, no vaciló en dedicarse al ejercicio de la enseñan-

za de su ramo, y de la Filosofía, disciplina que le cautivó desde temprano.

Fué profesor en el Liceo de Chillán, y en este de Concepción desde 1903, hasta que, dos años después, fué designado Rector del Liceo de Talca, ciudad donde dejó recuerdos, tanto por su permanente inquietud espiritual como por el desempeño progresista de su cargo directivo.

En 1915, a la muerte inesperada de don Pedro Nolasco Cruz, fué nombrado Rector del Liceo de Concepción, donde ya se le conocía y desde donde pasaría a ser lo que hoy representa para esta capital sureña. Los ex liceanos le recordamos por sus dotes de brillante profesor y de hábil educador.

Son numerosos los adelantos que durante su rectoría alcanzó este liceo:

Continuación de la edificación del local;

Obtención de la sede del Bachillerato, por primera vez fuera de Santiago;

Adquisición de mobiliario y material de enseñanza;

Gran impulso de la difusión cultural; etc.

Además de realizar docencia superior en el Curso de Leyes fiscal anexo al Liceo, hizo viajes al extranjero, y en 1928, fué el primer Superintendente de Educación en aquel intento de correlacionar las diferentes ramas de la enseñanza pública.

Pero fué participando en la gestación, formación y desarrollo de la Universidad de Concepción donde el Rector del Liceo puso su sello máximo de inteligencia y trabajo. Ya conocemos lo que los afanes de entonces significaron para la gloria universitaria de hoy.

En 1935, después de ocho lustros de magisterio y de veinte años de rector de este plantel, el señor Molina jubila en la enseñanza fiscal y sigue con el cargo que

ya tenía mucho antes, de Presidente y Rector de la Universidad particular penquista.

No es del caso detallar la actuación principalísima que a don Enrique le ha cabido en la solución de los sucesivos y constantes problemas materiales y de orientación que la existencia de aquel instituto de altos estudios implica; ni referirse a las múltiples ocasiones en que ha luchado decididamente por defender la base económica de la Universidad; como tampoco es posible analizar aquí su amplia labor de escritor y pensador, traducida en obras y conferencias en que se transparenta su continuo cultivo de dilectas disciplinas, que lo mantienen luchando ágilmente por la primacía del espíritu y que le han traído renombre nacional y continental.

Podemos agregar sí, que últimamente don Enrique ha empezado a recibir lo que su prolongada siembra debía producirle:

Invitado permanente a toda reunión continental de carácter cultural;

Ministro de Estado en la Cartera de Educación;

Presidente de la Sociedad Chilena de Filosofía;

Etc., hoy día su nombre es un símbolo de valores indiscutidos en cuanto a educación, intelecto y realizaciones ciudadanas se refiere.

Y, a su pesar, ya en vida comienza a ser objeto de distinciones que sólo se conceden a aquellos que nos han abandonado en lo material.

No hace mucho, por ejemplo, a fines del año pasado, la Universidad toda le rindió homenajes que han llevado al bronce su estampa de hombre ilustre. En aquella ocasión, los profesores lo declararon «el padre valeroso y esforzado que defiende el buen nombre familiar y el patrimonio de la heredad con esfuer-

zo y altura |de miras»; y los alumnos declararon con hidalguía «que habían descubierto en él al *hombre*, al hombre que enseñaba con todo su ser, con su permanente gesto humano de *hacer*, como el profesor que no *pone* su alma en su divina labor, sino que la *entrega* a los que enseña».

Nosotros, el personal docente de este colegio, queremos hoy actualizar estos conceptos y manifestar, que un educador y un intelectual que ha dejado obras como las que hemos indicado, merece bien de la Patria, el respeto de la ciudadanía y la admiración de la juventud!

Don Enrique, en estas horas de profunda significación para Vos, el Liceo de Hombres de Concepción, por mi intermedio, os reitera su permanente cordial afecto |y |hace votos por que Cronos 'nos deje 'gozar, por muchos años, de vuestra presencia, de la |irradiación y fuerza de vuestro pensamiento y del inmarcesible ejemplo de vuestra Vida!